



N° 165

La vida doméstica y los objetos

Rafael E. Iglesia

**Relatores: Carolina Muzi
Horacio Caride**

29 de abril de 2011 – 12:30 hs.

Rafael E. J. Iglesia: La vida doméstica y los objetos 1

La vida doméstica y los objetos

IAA, Rafael E. J. Iglesia, 2011

Estado de la cuestión

El espacio vivido y su equipamiento ha sido estudiado desde la filosofía por Heidegger y su discípulo Bollnow, además de Bachelard, Heller, Lefebvre y Levinas. En el campo de la arquitectura encontramos los tempranos trabajos de Viollet-le-Duc, y los más cercanos de Chombard de Loewe, Norberg-Schulz, Rapoport y Montañola Thorberg. De una manera u otra, pero casi siempre tangencialmente, críticos e historiadores de la arquitectura han tratado el tema. La ciencia que más ha profundizado el tema es la antropología, cuyos aportes ha aprovechado el estudioso suizo Nord Egender. También algunos historiadores, como Flacelière, Duby y Aries, han producido magníficos trabajos sobre la vida cotidiana, seguidos en nuestro país por Carretero, Devoto y Moreno. De todos modos falta de un enfoque englobante de las prácticas sociales del habitar, con las configuraciones y el equipamiento necesario, más las dimensiones psicológicas del fenómeno, ausente en las historias y en las críticas de la arquitectura y del diseño industrial.

El espacio habitado como “espacio de actuación”

En la apreciación, construcción y uso del entorno humano interactúan el habitante y las formas habitadas (Bollnow s.d., Canter 1986, Rapoport 1969, 1977). Esta simple afirmación perogrullesca no es habitual en la historiografía del diseño. Rapoport nos dice *Los trabajos más recientes solo están empezando a aclarar la naturaleza de las fuerzas y sus complejas interacciones, fuerzas que conducen a los diferentes modos de organizar el espacio y de conformar el entorno por parte de los individuos y los grupos. Entre las materias que se están estudiando citaremos las siguientes: la importancia de las motivaciones; el papel fundamental de los criterios simbólicos y socioculturales, como opuestos a los aspectos físicos y materiales del entorno; la variabilidad cultural de la calidad del entorno; el elemento opcional que hay en cualquier decisión acerca del entorno, etc.* (Rapoport 1969, 1972, 111) Acertadamente, Christopher Alexander señala: *Todo medio ambiente, grande o pequeño, es la corporización tridimensional de la cultura. Es una organización de categorías culturalmente definidas en el espacio, y cada una de ellas define una actividad o un lugar o una cosa y sus respectivos comportamientos humanos.* (Alexander, 1969, 97) Desde la psicología, Jean Piaget estudió el espacio en tanto espacio de actuación. También hay estudios sociológicos y psicológicos sobre la misma actuación humana. Menos frecuente, por lo menos en el área del diseño en general, es la consideración de actos, acciones, conductas y sentimientos refiriéndolos al hábitat, relacionando actuación y espacio. Usando el modelo de lengua y habla, Roberto Doberti establece una relación entre comportamientos sociales y conformaciones del hábitat. De allí la importancia de estudiar el espacio vivido en tanto espacio de actuación, y también estudiar a la misma “actuación” humana. Dice Salignon: *El hábitat no es un lugar como los otros, es uno de los modos privilegiados que coloca e instala al hombre en un espacio y un tiempo cuyas dimensiones no se dejan reducir a su significación, hay toda una serie de articulaciones entre las diversas maneras de haber vivido y de vivir y de esperar vivir, tanto a nivel individual y familiar como colectivo; la casa, la calle, el barrio, la ciudad, la región son sus manifestaciones reales.* (Salignon s.d., 19, traducción propia)

El hombre habita cuando puede orientarse e identificarse con un entorno, o, para decirlo brevemente, cuando experimenta al entorno como significativo. (Norberg-Schulz, 1971, Rafael E. J. Iglesia: La vida doméstica y los objetos 2

1975, 5) *Las conformaciones son las estructuras de formas, espacios y objetos, que realizan las nociones de alcoba, fábrica, oficina, aula, comedor, etc. Estas conformaciones, compuestas por ámbitos, artefactos, utensilios, indumentarias, establecen, entre otras cosas, el grado de privacidad o publicidad del comportamiento, la ubicación y relación jerárquica de los participantes y los grados de rigidez disciplinaria que se asigna a cada comportamiento en una determinada cultura.* (Doberti 1992, 26)

El espacio vivido doméstico

En este trabajo me concentraré en el escenario doméstico, considerado en la antropología como el espacio más habitado por la especie humana. Es también, junto con los sitios religiosos, el espacio en el que las condiciones naturales, dadas, sufren grandes transformaciones y reciben nuevas configuraciones. Nos enfrentamos entonces con un espacio artificial, específicamente humano, antropizado. Pero el espacio doméstico es también un espacio que influye sobre sus ocupantes de manera decisiva, sobre todo en cuanto se refiere a las relaciones sociales, familiares y extrafamiliares (Chombart de Loewe). Como sostiene Doberti, la artificialidad del espacio doméstico no termina en la arquitectura, en el cobijo, sino que se completa con los utensilios y objetos de uso familiar.

Para Martín Heidegger se habita tomando posesión del mundo, para Emmanuel Mounier se toma posesión del medio para no ser poseído por él, para someter ese entorno a nuestra autoridad se lo territorializa¹. Pienso en la vida cotidiana y busco, ya lo hizo Gastón Bachelard, en la poética de las prácticas sociales domésticas y en cómo se relacionan los objetos con estas prácticas. Podemos buscar esta poesía en acciones o conductas, como las de un cantante, un bailarín o un disertante. Creo que se puede buscar esta poiesis en las prácticas sociales. Tomo como ejemplo el cocinar, que tiene su propia poética, cosa que bien saben los chefs; desde Brillat-Savarin hasta las cocineras hogareñas, cada uno practicando su poesía, ya sea al imaginar el menú, preparar la comida o como comensal, degustarla. Henri Lefebvre también sostiene que la vida cotidiana es parte importante del tejido social y que no es necesario situarse al costado de la poesía para habitar como poeta, como quería Martin Heidegger. Las fuerzas de la creación, nos dice Lefebvre se encuentran en todas las clases sociales y en todos los actos de la vida.

1 El concepto de territorio está tomado de ecología. Se llama territorio a la extensión espacial donde reside, se aparea o procura alimentos un animal o un grupo de animales unidos por vínculos. El territorio se defiende de invasiones de individuos de la misma especie. El territorio adopta muchas formas: hormiguero, panal, cueva, rama, terreno amplio, etc. Conceptualmente, el territorio implica una ocupación concreta del espacio, implícitamente tomando en cuenta la transformación del paisaje "natural" en un paisaje "ocupado" y, por ello, transformado.

En casa

En la cotidianeidad doméstica, se espera que todo se mantenga casi sin cambios, bastante igual a sí mismo, como no sean aquellos fenómenos básicos del desarrollo biológico. Es también el ámbito donde se cree controlar la situación, de donde el hogar es refugio y protección (Bachelard, Bollnow). Se espera que las prácticas sociales familiares sean habituales (habitus: manera de ser), casi inmunes a los cambios. El equipamiento doméstico no escapa a estas características y es entonces, a la vez, resistente y débil frente a los cambios. En un hogar asentado no se cambian los muebles porque sí, pero se los renueva cuando la situación social lo exige. Por supuesto, el objeto más importante de la vida familiar es la vivienda misma de producción es casi totalmente artesanal, aunque sus elementos se produzcan industrialmente. Los intentos

de producir casas como los autos Ford, de prefabricación (como lo intentó Gropius) dieron magros resultados. Tampoco resultó la iniciativa (1946) de la Beech Aircraft norteamericana para producir industrialmente la famosa casa “Dimaxion” de Buckminster Fuller. Rafael E. J. Iglesia: La vida doméstica y los objetos 3

El ámbito doméstico y sus sitios, es donde, en nuestra sociedad occidental, latinoamericana y argentina, se produce con más fuerza el encuentro entre objetos de producción industrial y prácticas sociales, lo que implica desde políticas empresariales, hasta prácticas cotidianas, pasando por imaginarios y economías domésticas. También en la domesticidad se produce, una estratificación de productos, que puede implicar varias décadas, hasta llegar al siglo. Coexisten objetos de distinta procedencia y edades. La coherencia objetual (lo que muchas veces llamamos estilo) sólo tiene fuerza en los casos de hogares nuevos, aunque a veces ese estilo remita a épocas pasadas.

La vivienda

La vivienda, la casa, “edificio para habitar”, etimológicamente choza, es en casi todas las sociedades humanas, el lugar para vivir. Asociada a la familia, es un factor de la identidad individual y social. Fenómenos habituales (habitus: manera de ser, poseer) y cotidianos cargan de significado a la experiencia espacial familiar. La habitación del hogar familiar (la morada, cuyos sinónimos son: casa, morada, domicilio, lar, vivienda); es una primera territorialización que la ecología y la etología han encontrado fuertemente ligada a las necesidades vitales. Los diccionarios nos dicen: Casa: edificio o parte de él para vivir. Conjunto de personas que viven juntas. Morada: Estancia o residencia en un lugar durante algún tiempo. Domicilio: Lugar en que uno habita o se hospeda de forma fija. Hogar, sitio de la lumbre en la cocina: asaban castañas en el lar. Vivienda: Edificio, construcción o habitación adecuada para que vivan las personas. En nuestra cultura es el lugar de lo privado, que según el diccionario refiere al ámbito personal o familiar o a lo que se realiza para un pequeño grupo, sin formalidad ni ceremonia. Estamos en el campo de lo interior o reservado; lo recóndito, amigo, familiar, incondicional, entrañable, hondo, inseparable, fraternal, interno, intrínseco, personal, oculto, profundo. La casa instaure una diferencia entre lo natural (aunque se relacione con él) y lo humano (o artificial), un aquí humano que se diferencia del allá natural (Levinas). Se instaure, un aquí doméstico, familiar (aún en las casas largas de Borneo y del Amazonas) distinto de los espacios de otros, ajenos a la familia. Agnes Heller (1995) reflexionando sobre el “estar en casa”, señaló dos situaciones: la espacial y la temporal. En cuanto a la espacial sostuvo la centralidad geográfica de la casa como Íocus al que uno pertenece, característica que la instaure como sitio. La casa, y esto debe tener que ver con el recuerdo del útero materno, es el centro del mundo.

Lo espacial

La vivienda crea espacio dentro del espacio ilimitado, establece límites alrededor de una parte del universo y haciendo eso, la casa sirve básicamente como expresión de las concepciones del mundo en toda su integridad. Desde la prehistoria, el homo sapiens privilegió lugares. Quien habita centra su vida. Se instala en un sistema cultural que le permite “ser” alguien y tomar decisiones. La morada protege y aísla del entorno natural y al mismo tiempo induce volver la atención sobre sí mismo (Levinas). Tanto Bachelard como Levinas insisten en el acurrucarse, como semilla, de la vivienda, una guarida, similar a la de los animales.

Bachelard lo aclara:

... todo rincón de una casa, todo rincón de un cuarto, todo espacio reducido donde nos gusta acurrucarnos, agazaparnos sobre nosotros mismos, es para la imaginación una soledad, es decir, el germen de un cuarto, el germen de una casa. (Bachelard, 171)

Esta cita es claramente eurocéntrica, debemos relativizarla si tenemos en cuenta a ciertas culturas ágrafas donde ese recogimiento no alcanza esa intensidad.

Desde la psicología, sabemos que la casa es la imagen y metáfora espacial del útero materno (proto morada), inalcanzable objeto del deseo, refugio ideal contra lo externo. Rafael E. J. Iglesia: La vida doméstica y los objetos 4

Los transportes han incrementado la itinerancia y los paraderos ocasionales de políticos, empresarios y turistas. Su lugar es “donde están” o, mejor dicho, no están en un lugar propio. Marc Augé (1992) asegura que los lugares de paso como los aeropuertos, los subterráneos, los shoppings, los hospitales y las cárceles son no-lugares. Nadie se siente allí “como en su casa”. A menos de escandalizar o llamar la atención, se practican conductas estándar, no domésticas. Algunos no-lugares, como los centros comerciales, pueden ser divertidos, pero se sabe que no los podemos ni hacer ni sentir como nuestros, aunque en ellos la anónima promiscuidad dé la sensación de libertad. Una libertad similar a la del turista, que se basa en un “tomar distancia” del lugar en que se está. Afuera la armonía espacio-temporal de la casa se quiebra, pero el mundo exterior, aunque adverso, es de visita necesaria. Quedarse en su casa puede ser un “dejar de ser de su tiempo”. Nacen así las temáticas del sitio, del arraigo, del sentido de pertenencia, del lugar como objeto de afecto, de los imaginarios y de la axiología espacial. Generalmente (aún en las sociedades nómades, recuérdese la Biblia), la familia signa a la vivienda como un sitio, localizado, espacializado. La casa es el centro del mundo, al que se regresa, como en el mito de Odiseo o en la saga de Peer Gint.

Lo temporal

Habitar el tiempo es la segunda situación. La vivienda es lugar principal de las relaciones cotidianas, de donde nacen afectos, desafectos, alegrías y pesares, recuerdos y olvidos. *Muchas de las características de la experiencia espacial del hogar pueden trasladarse a la experiencia del tiempo, aunque la cualidad de la experiencia se modifica. La familiaridad es el constituyente más decisivo del sentimiento de estar en casa (hogar), pero no da cuenta de este último al completo. En primer lugar, la sensación de que estamos en casa no es simplemente un sentimiento sino una disposición emocional, una emoción estructuradora que da cuenta de la presencia de muchos tipos particulares de emociones como la alegría, la pena, la nostalgia, la intimidad, el consuelo, el orgullo, y la falta de otros. Esta disposición emocional, como todas las disposiciones emocionales, incluye muchos elementos cognitivos, esto es, evaluaciones. Por ejemplo, el si uno u otro, entre los sentimientos o acontecimientos emocionales desencadenados por la disposición emocional (tales como la sensación de estar en casa) es intenso, fuerte o atemperado depende también del carácter cognitivo/evaluativo de los elementos que son inherentes a la disposición emocional. ¿Qué es familiar? Los sonidos (del grillo, del viento, del arroyo, del autobús, de las discusiones de los vecinos), los colores (del cielo, de las flores, de la tapicería), las luces (de las estrellas, de la ciudad), los olores (la ciudad que uno conoce bien tiene un olor propio peculiar), las formas (de la casa, del jardín, de la iglesia, las esquinas de las calles). Estos y parecidos signos de familiaridad distinguen un lugar de otro. Son experiencias eminentemente sensoriales.* (Heller, 132) La casa es uno de los lugares de la experiencia cotidiana del entorno (Relph), de donde nace un sentido de pertenencia (a la familia como grupo, a la casa como sitio) que hace de la vivienda doméstica un lugar con una tremenda fuerza evocativa (Jorge Luis Borges lo ha expresado poéticamente recordando su vivienda en Adrogué). Allí están: la alegría, la pena y el dolor, la intimidad y el encuentro. Sonidos, olores, colores, formas son vivencias que cargan de significado a la experiencia del “habitar familiar”. Afuera hay un mundo hostil (Bollnow), “lugar otro” del hogar. El hogar es básico para un sentimiento ontológico de

seguridad, es donde los individuos sienten que controlan al ambiente (físico y social), libres de vigilancias, libres de ser ellos mismos, con comodidad (Giddens 1991).

El filósofo francés Mounier advierte que la familia es uno de los fenómenos sociales, cuya característica es la permanencia en nuestra identidad. Aunque es una construcción cultural, es Rafael E. J. Iglesia: *La vida doméstica y los objetos* 5

esencialmente un fenómeno natural dado: es imposible deshacerse de ella, aún rechazándola o abandonándola. ... *hay experiencias sensoriales placenteras de tipo temporal, pero no son elementales en el sentido en que lo son las experiencias espaciales del hogar; incluyen sobre todo un elemento narrativo (por ejemplo, el primer día de paz)* (Heller, 153). La vivienda doméstica se encuadra así en otro tipo de familiaridad: el que nace de la pertenencia o inserción en una cultura, lo que implica una dimensión normativa, que se evidencia como pautas y rasgos culturales. *X puede decir «éste es mi hogar», pero si otros (miembros de la familia, de la comunidad religiosa, etc.) no consignan la frase, no estará allí en casa. En un hogar uno necesita que le acepten, que le reciban o al menos que le toleren. Todos los hogares son tiránicos en un punto; necesitan compromiso, sentido de la responsabilidad y también algo de asimilación.* (Heller, 158)

El espacio vivido familiar

¿Qué digo si digo “espacio vivido”, doméstico, familiar? “Espacio vivido” refiere al espacio y su relación con el habitar humano. Relación estudiada en una nascente teoría del habitar (Doberti 1992, Iglesia 1995), que implica un sinnúmero de fenómenos antropológicos, sociológicos, psicológicos y económicos. El concepto de hábitat humano debe comprender no solo al nicho ecológico natural sino a una unidad espacial vivencial signada culturalmente, significativa con relación al vivir. En este campo existencial del hábitat se evidencian características materiales y no materiales de la cultura. Las bases teóricas se hallan en la teoría de la cultura ¿el habitar o antropología arqui-tectónica? (Egenter 1979), y en lo que Doberti y yo hemos llamado teoría del habitar. Este es un camino transitado por filósofos como Heidegger, Mounier y Bollnow, y por arquitectos y antropólogos como Amos Rapoport, Christian Norberg-Schulz, Christopher Alexander y Josep Muntañola Thornberg. Fueron filósofos quienes acuñaron el concepto de «espacio vivido» (Bollnow, S.D., Merleau-Ponty 1945). Otros, como Martin Heidegger y Christian Norberg-Schulz, nos dicen que el entorno habitado o habitable adquiere carácter al ser identificado y usado como “espacio existencial”. Vivencias y usos son la clave de la interpretación del “espacio vivido” (Lefebvre 1968, Chombart De Lauwe 1963, De Certau). El espacio habitado, “vivencial” o “vivido”, está caracterizado por la experiencia y signado en el lenguaje, es una “construcción mental” (Bollnow). Muy cercanas son las consideraciones de los antropólogos Edward Hall, Claude Levi-Strauss, Amos Rapoport y Robert Sommers, y de psicólogos como David Canter y de ecólogos como Amos Hawley (1961). Como arquitectos, Christopher Alexander (1965) y Aldo Rossi (1971, 1991), han completado los aportes extradisciplinarios. Las teorías sobre el habitar, imprecisamente llamadas “del espacio”, se nutren de tres orientaciones básicas: la ecológica, centrada en la “territorialidad”, la psicoanalítica, basada en la primordialidad prenatal, y la antropológica, que trata los fenómenos culturales. A las que se puede sumar una orientación sistémica: el habitar puede ser estudiado como un sistema abierto, con múltiples retroalimentaciones. Todos los sistemas que implican o simulan la vida o la mente son sistemas abiertos, por hallarse necesariamente en comunicación con otro «sistema» o entorno. Así pues, éstos son constitutivamente multifinales o equifinales o, para usar el término de Freud, sobredeterminados. (Wilden, 79) A pesar de la abundancia de aportes de otras disciplinas, en la historiografía y la crítica del diseño se prefiere los aspectos estéticos a

los habitacionales, privilegiando las “obras”, los “objetos” (arquitectónicos, urbanos, objetuales) y sus formas más que sus usos habitacionales. Cibernéticamente hablando, se estudia al diseño como un sistema cerrado, una sumatoria de partes. Ante este reduccionismo nace la necesidad de un nuevo enfoque. “La significación antropológica de la casa debe ser redescubierta” (Bollnow, 137). Rafael E. J. Iglesia: La vida doméstica y los objetos 6

Lo doméstico

“Doméstico” tiene una raíz antigua, indoeuropea, de dom, casa (edificio para habitar, choza). De allí el latín domus y sus derivados, “doméstico”, “domesticar”, etc. Pero no cualquier casa, en tanto construcción, es doméstica. Domus está asociada con la habitación de un grupo familiar. “Habitación”; aposento, morada, edificio; del latín habitare, de hábitus (habere) “tener posesión de”. Habitar, en el siglo XIII, ocupar un lugar, vivir en él. De allí “habitáculo” “habitante”, “cohabitar”. En el lenguaje se relaciona lo construido con sus habitantes: la casa (dom) con la familia. Vivienda, del latín vivenda, medios de vida, introduce una relación económica, de producción y tenencia. Familia (la Enciclopedia Británica la define como un grupo de personas unido por los lazos del matrimonio, sangre, adopción, constituyendo un hogar e interactuando unas con otras en sus respectivas situaciones o roles sociales: esposo y mujer, madre y padre, hijo e hija, hermano y hermana): padre e hijos, parientes, personas que viven bajo un mismo techo, criados; procede del latín familia.; conjunto de esclavos y criados de una persona, famulus, servidor; el pater familias era el señor de este grupo. La palabra familia designaba no sólo al grupo sino a las cosas necesarias para ese grupo social: territorio, utensilios, animales de labor. Resultó sinónimo de gens. Familia, entonces, implica la idea de lazos biológicos de consanguinidad, de un agrupamiento social derivado y de un espacio adaptado para vivir en él. Esta evidencia lingüística se suma a la observación directa y permite afirmar que familia y casa son dos hechos estrechamente unidos en la historia humana (Chombart De Lauwe, 1963). Estudiar una casa es develar las relaciones familiares en el cuadro material que ha logrado habitar o que la sociedad le ha impuesto. La vivienda, aún en casos de culturas con construcciones elementales, es uno de los sitios en que la persona se siente dentro de un lugar. Un “dentro” que resulta en una sensación de aquí y allá, afuera y adentro. Esta misma sensación puede producirse en lugares que no son viviendas: automóviles, rincones, submarinos, etc. pero en la casa la vivencia de estar adentro se completa con el “estar con”, la pertenencia grupal familiar y la cotidianidad. En la vivienda se crean sitios dentro de lugares. Es el objeto artificial que más puede servir para expresar las concepciones sobre el mundo como totalidad. Los estudios sobre la familia enfatizan los aspectos de acoplamiento y consanguinidad: pareja reproductora, filiación. Estas células pueden ser elementos de unidades mayores, como la familia ex-tendida: abuelos, padres, hermanos, tíos, nueras, yernos y criados o sirvientes; el clan, grupo de familias o la tribu, hasta la “patria” (tierra de los padres). Todos ellos habitantes de “la casa”.

La vivienda como centro

Vivienda, designación más exacta de la casa, deriva de vivir, lugar donde se vive. Morada, lugar donde se mora, es también una designación cercana al habitar, ambas designan claramente a un sitio vivido. Para Bollnow, la familia, y por ende el lugar de residencia (vivienda, morada, casa), toma el carácter de un punto de orientación, un polo espacial del que se parte y al que se retorna. Relph (1976) se refirió a los lugares domésticos como centros profundos de la existencia humana “El hogar es la forma más profunda de ligadura a un asentamiento particular, a un entorno particular... es el punto de partida desde el que nos orientamos”. Definiendo ligadura como la interrelación de afectos y emociones, conocimientos y creencias y comportamientos y acciones con

respecto a un lugar. Estas ligaduras, insisto, pueden ser afectivas, cognitivas o simbólicas y pueden valorarse como positivas o negativas (aquellas que provocan incomodidad o rechazo de cualquier tipo). Pueden también considerarse por su extensión: amplias o específicas. Algunos autores agregan otras calificaciones: seguridad, relajación y control; relaciones con amigos y la comunidad y simbolismos religiosos, nacionales o culturales. Estas funciones son escalares: personales y/o colectivas y sobre todo variables, no sólo en grupos sino en los individuos. Una vivienda no es la misma (no se vive como la misma) antes y después de la muerte de un ser querido.

Afuera y adentro

Es en la vivienda, aunque no exclusivamente, donde la experiencia del afuera y el adentro se manifiesta con fuerza. Lo exterior y lo interior actúan dialécticamente en la vida humana. Estar al

Rafael E. J. Iglesia: La vida doméstica y los objetos 7
exterior (afuera) significa exposición, a veces exultante (la libertad de correr por espacios abiertos) a veces amenazante, la inseguridad de un bosque sombrío y desconocido. La casa es casi un paradigma de interior: acogedor, reconocido, propio. Una de las experiencias de sitios es lo que Relph llamó interioridad existencial, una situación de inmersión profunda e inconsciente en un lugar, irreflexiva pero llena de significación. Se siente que este sitio es un lugar de pertenencia. Una de las experiencias más profunda de lugar, sólo comparable con la de los sitios "sagrados". Es la sensación que la mayoría de la gente experimenta en su casa, su hogar, en su propia región y comunidad. La experiencia opuesta, es, también según Relph, la de "afueridad existencial", que se siente como una extranjería y alienación, como cuando se es un recién llegado a un nuevo lugar. No en balde fuera, viene de *dhwors-ãns*, palabra indoeuropea que quiere decir "hacia las puertas", de donde derivó el latín *foras*, "hacia el mundo de puertas afuera". Puertas afuera refiere a un interior cuyo modelo por antonomasia es el de la casa doméstica. Las puertas que se traspasan para ir "afuera" son, básicamente, las de la casa.

Las necesidades de la familia

Los seres humanos, tienen las mismas necesidades biológicas (reponer energías, procrear y educar, subsistir) pero no sólo las satisfacen de manera distinta sino que las experimentan de manera diferente. Refiriéndose a Francia, Henri Lefebvre nos dice: La clase obrera no tiene otras necesidades que la burguesía; asimila las necesidades que le vienen, de arriba abajo, a través de la burguesía, en la sociedad capitalista. Las necesidades derivan, por este rodeo, del nivel alcanzado por las fuerzas productivas, se trate de la máquina de lavar, de la televisión, del automóvil o de las vacaciones en el campo. Sería, pues, sociológicamente falso suponer en la clase obrera necesidades diferentes de las de la burguesía. Sin embargo, las mismas necesidades se sienten de manera diferente en la burguesía y en el proletariado. En términos sociológicos, las escalas de preferencias y de privaciones son diferentes. La mujer en la familia obrera tiene más necesidad de una máquina de lavar que una mujer de la gran burguesía, que dispone de un personal doméstico; aquélla sentirá mucho más la privación. Ciertas necesidades entre las más "modernas" son más sentidas en la clase obrera que en la burguesía. Esta se fabrica necesidades falsas (no sólo la necesidad de un automóvil, sino de una gama de coches, de un coche "personalizado"; de donde una bufonería *sui generis*). La vida práctica de la mujer sirve aquí de criterio objetivo, La mujer de la burguesía, del gran mundo, tal como se la contempla en ciertos films, sale casi fuera de la cotidianidad a través de lo falso en estado casi puro. La mujer proletaria está inmersa o sumergida en la cotidianidad. (Lefebvre, 159) En familia, se satisfacen ciertas necesidades: sexuales, de procreación, de supervivencia económica, de identificación

personal y grupal, de endoculturación, etc. Todo esto resulta en conductas y hábitos. Los hábitos tienden a ser altamente conservadores o inmutables en las culturas más elementales, pero en nuestra época de cultura moderna euroamericana, estos hábitos están sometidos a un cambio tan veloz que muchas veces pone en crisis no sólo la estructura familiar, sino también los espacios que la albergan. Las necesidades “primordiales” del antiguo “cerebro del reptil” (Laborit, 1971): comer (adquirir elementos energéticos), crecer, aparearse, protegerse, reponer energías; son universales. La vivienda proporciona el ámbito necesario para satisfacer algunas de estas necesidades, sobre todo, quizá, la de resguardarse y descansar. Pero no sólo hay necesidades registradas a nivel del hipotálamo, el ser humano tiene otras necesidades: afecto, dominio, sentido de vivir, para mencionar solo algunas que la antropología, la psicología y la sociología han catalogado. Estas necesidades se moldean culturalmente, y los medios para satisfacerlas (y aún la manera de expresarlas) no son universales. Hay grandes diferencias entre los grupos sociales y sus culturas. Pero en medio de esas diferencias, los espacios adaptados a necesidades, que yo llamaré sitios y en la jerga arquitectónica podríamos llamar “elementos de composición”; presentan (como lo ha estudiado Alexander) algunos caracteres comunes, tales el patio, los dormitorios, las entradas, las zonas de comer y así siguiendo. Rafael E. J. Iglesia: La vida doméstica y los objetos 8

Las respuestas de diseño a las necesidades de vivir en familia” expresan la estructura social y eco-nómica de la cultura matriz. Hay rasgos y pautas culturales habitacionales que ligan la producción material (arquitectura y diseño) con los modos de habitar. Esto pone en juego desde las relaciones interfamiliares a las de vecindad, mediatizadas por el encuadre físico de la habitación. Historia, historiología y antropología deben encontrarse aquí para aportar elementos de explicación y comprensión. Las necesidades relativas a la vivienda (o que la vivienda debe o satisfacer o permitir su satisfacción) son tanto biológicas como psicológicas y, en resumen, culturales. Chombart de Lauwe, para la Francia contemporánea, resume así la cuestión: Una necesidad de espacio, una necesidad de equipamiento material en la vivienda, una necesidad de apropiación, una necesidad de independencia de grupos o de personas dentro de la vivienda, una necesidad de reposo y de relajamiento, una necesidad de separación de funciones, una necesidad de bienestar, una necesidad de intimidad (de personas y del grupo familiar), una necesidad de consideración, una necesidad de relaciones sociales exteriores, etc. (Chombart de Lauwe 1976, 17) Estas necesidades, nacidas todas de necesidades básicas, se moldean dentro del encuadre cultural de que se trate. El propósito de un estudio de la vivienda es comprender la relación entre las necesidades domésticas y su satisfacción por medio de espacios conformados y equipados. La casa puede ser el lugar del trabajo y del esparcimiento. Del trabajo, como en el caso extremo de campesinos, artesanos, muchos artistas y las amas de casa (y podríamos agregar los estudiantes). Aunque la característica más acentuada de la sociedad industrializada ha sido que el trabajo se realice fuera de la casa y que, por otra parte, los adelantos de la informática permiten realizar muchos trabajos sin salir del ámbito familiar. En el caso del esparcimiento, veremos más adelante como el piano y algunos instrumentos manuales enriquecían el esparcimiento doméstico, del mismo modo que la radio y los gramófonos, que inducían un “esparcimiento” dentro del hogar. Se trataba de un esparcimiento que no suponía la participación en un ritual social, colectivo, como el cine, el teatro, el futbol y el concierto, que hacían necesario salir del hogar. La televisión trajo el esparcimiento al seno del hogar, pero, al mismo tiempo, falto de un ritual social, se convirtió en el signo más fuerte de falta de esparcimiento hogareño. Quedarse en casa viendo televisión pasó a ser síntoma de aburrimiento familiar. Para divertirse evitando la rutina se hizo

necesario salir de casa, participar de un ritual social colectivo, no cotidiano, excepcional. El esparcimiento y las prácticas sociales que se corresponden presentan aspectos antagónicos: v.g. descansar en familia vs. participar de un concierto de rock con todos los matices que las diferencias etarias, económicas y de situación social pueden establecer. Lefebvre señala que una de las características en lo concerniente al esparcimiento, en la sociedad burguesa capitalista (en la cual podemos fácilmente encuadrar a la sociedad metropolitana argentina), es la ruptura. Se debe romper con lo cotidiano y no sólo con el trabajo, sino con el ambiente familiar. La diversión no debe acarrear preocupaciones, ni obligaciones, sino implicar una cierta liberación de la rutina laboral y de la rutina familiar. La clave del esparcimiento, al que no hay que confundir con el ocio o el descanso, están en la “distracción” y la “relajación”. En el ámbito doméstico la tecnificación introdujo mil objetos de distracción familiar, desde la diversidad de los juguetes infantiles (cada vez más complejos) hasta los aparatos de reproducción musical, los televisores, la computadora las play stations y por fin el home theater.

Cosas y objetos

Empecemos por establecer una diferenciación conceptual entre las cosas, entes no biológicos existentes en nuestra realidad y lo objetos.

Según la real academia española, cosa (del latín causa) refiere a: Todo lo que tiene entidad, ya sea corporal o espiritual, natural o artificial, real o abstracta. Todo lo que existe, ya sea real o irreal, concreto o abstracto: Objeto inanimado, por oposición a ser viviente. Son sus sinónimos: ente, entidad, cuerpo, objeto, elemento. Rafael E. J. Iglesia: La vida doméstica y los objetos 9

Objeto es definido como lo que posee carácter material e inanimado; cosa. En inglés, para thing encontramos definiciones coincidentes: The real or concrete substance of an entity. An entity existing in space and time. An inanimate object. Y para objet: Something perceptible by one or more of the senses, especially by vision or touch; a material thing. A focus of attention, feeling, thought, or action: an object of contempt. The purpose, aim, or goal of a specific action or effort: the object of the game.

Consecuente con estas definiciones, estudiosos argentinos, nos dicen:

Entendemos por objeto todo elemento material construido por el ser humano con una finalidad determinada (utilitaria, estética, simbólica, de aprendizaje, etc.), en otras palabras hecho para cumplir una función. Los objetos no son cosas naturales, sino productos del hacer humano. Desde nuestra óptica una piedra, una rana o un árbol no son objetos, sino más bien cosas, pero que pueden convertirse en objetos si se las promueve a una categoría utilitaria, estética, simbólica, etc. (Gay, Samar, 231)

Aseveración que coincide con la raíz latina de “objeto”: “poner adelante, echado adelante”, es decir no sólo algo que podemos contemplar ante nosotros, sino algo futuro (adelante). Yo adoptaré la conceptualización de las cosas como aquellos entes inorgánicos naturales, no producidos por el hombre y cuya finalidad o razón de ser la religión la atribuye a seres divinos (tal como se relata en la Biblia y en la mayoría de los mitos originales), mientras que la ciencia actual la explica mediante relaciones causales, no teleológicas, entre fenómenos naturales y consideraré como “objeto” a toda construcción material producida por el hombre, a todo ente artificial, producido con un propósito determinado; aquello que se ha llamado “artefacto”, algo hecho con arte, en el sentido de fábrica. Por lo tanto, algo susceptible de ser diseñado y al mismo tiempo susceptible de cargarse de significados (individuales o sociales) según la cultura en que lo produzca o utilice. De modo que una de las condiciones básicas del objeto será su razón de ser, su finalidad. Finalidad que sólo puede producirse en el seno o contexto de una práctica social humana, como guerrear, comer, conversar, trabajar y así siguiendo.

Los objetos descontextualizados, son, como dice Arheim, incomprensibles, simples impresiones. Experiencia que los arqueólogos conocen bien, cuando se encuentran con utensilios cuya finalidad desconocen. Uno de ellos, como boutade decía: cuando no sabemos de qué se trata, lo llamamos “objeto de culto”. Un mirar sin ver. Los objetos tienen una genealogía, que puede rastrearse desde la necesidad originaria, v.g. del cuchillo, cortar. Su “esencia” nace en esta primera búsqueda de satisfacción de algo. También tienen un rol en medio de una práctica social, el objeto cortante se porta como “cuchillo”, “bisturí” o “espada”. De modo que podemos distinguir entre una ontología objetual: ¿Qué es un objeto de cortar, un cuchillo? A la que podemos llamar metafóricamente “genotípica”, relacionada con la evolución y la tradición, como lo han estudiado Kubler y Simondon. Desde los arquetipos hasta los tipos, desde el cuchillo de sílex hasta la espada del samurai y el bisturí, y si nos apuran, al rayo láser. Más una situación, que metafóricamente podemos llamar fenotípica, propia del comportamiento y el desarrollo individual: cuchillo cortando pan, cuchillo como arma, cuchillo como bisturí, cuchillo como símbolo, cuchillo en el comedor, etc. Es decir, el objeto contextualizado en el ocurrir de su uso. Y aquí se me ocurre una digresión sobre la forma. Como se ha dicho, las condicionantes de la forma pueden ser, aisladamente o simultáneamente, la tarea a realizar por el objeto, la tecnología empleada para producirlo, el significado de algo o simplemente el atractivo estético. En fin, la vieja triada vitruviana. Sin embargo, esta distinción, aunque útil para razonar sobre las cosas diseñadas, enceirra a la forma en el vértice vitruviano de la venustas, lugar donde la invocación a la diosa parece insinuar la seducción. Este encierro es restrictivo, me gusta más considerar a la forma, la conformación, como el resultado inevitable de la materialización de un objeto, como el territorio dónde técnica, función y “forma” se integran en un hecho concreto: un objeto.

Por último, la belleza del objeto no está solamente en su forma sensible, o en la armonía de sus características sensibles, sino también en la acción misma del uso: “quien bien corta este cuchillo” es casi una aseveración con sentido estético. Quizá a esto se refería Horatio Grenhough, cuando definía Rafael E. J. Iglesia: La vida doméstica y los objetos
10

a la belleza como el anticipo de la función. La forma del águila en reposo, decía, nos complace, es bella, en tanto preanuncia o permite conjeturar la majestuosidad de su vuelo. Nada más lejano a la belleza primordial e ideal de las formas platónicas. Necesidades como comer, defenderse o matar, curar, pueden originar el diseño de un objeto cortante, de sílex, de bronce, de hierro o de acero; cuchillo, espada, lanza, bisturí. Pero la necesidad humana se modifica, pierde sus primeras condiciones instintivas. Experimentada en un encuadre cultural, se vincula a técnicas de producción, a modos de operar, a símbolos, ritos, ceremonias, prácticas sociales, en fin, a una situación que ya no es natural. Como dice Agnes Heller el hombre debe aprender en la vida familiar el uso de las cosas, es decir, que rol juegan las cosas en cada práctica social. Sin embargo, nunca llega a separarse de la necesidad primordial. Comer se vuelve una praxis social, entretrejida con otras prácticas, sometida, hasta la distorsión (como en el fenómeno de la obesidad), a presiones, prohibiciones, posibilidades, aunque conserva sus características instintivas básicas. Comer ya no es un acto simple, directo, coherente, como dice Lefebvre “es un microcosmos con mil aspectos cambiantes” (328).

Reconozcamos entonces un primer fenómeno. Desde que el hombre transformó cosas en objetos o utensilios, vivió gracias a ellos, rodeado por ellos. Su naturaleza humana pudo definirse por su capacidad de producir y usar utensilios, objetos artificiales. Homo faber, “el hombre que hace o fabrica” es una característica que diferencia al hombre de

los animales, el término ha sido usado por Hannah Arendt para enfatizar la capacidad humana de controlar su entorno con el uso de herramientas.

Henri Bergson lo empleó en *La evolución creadora* (1907), definiendo a la inteligencia como "la capacidad de crear objetos artificiales, en particular herramientas para hacer herramientas, y de modificarlos de modo ilimitado". Karl Marx la utiliza en relación con la frase de Benjamin Franklin "el hombre es el animal que hace herramientas". ¿Cómo podríamos descubrir lo que es verdaderamente un artefacto en la vida familiar? Yo creo que aplicándonos a observar e interpretar algunos fenómenos parciales que puedan integrarse en un sistema comprensivo y coherente. Podemos comprobar esta situación si comparamos el equipo de un hombre primitivo con los utensilios de una cocina euro americana actual. En nuestros días herederos de la Revolución industrial, vivimos rodeados de objetos, que se han multiplicado en forma exponencial. La cultura material, como se ha llamado a la cultura de los objetos, es la característica de nuestro momento desde la época, fenómeno asombroso si comparamos nuestro utillaje cotidiano con el de culturas ágrafas y aún con nuestra propia cultura en tiempos preindustriales. La omnipresencia y diversidad de los objetos producidos industrialmente es tal, que mal podríamos hacer un inventario aceptable.

De la necesidad al objeto

Se puede establecer una cadena causal, que ha sido llamada explicación causal funcional entre las necesidades humanas y los espacios y objetos que buscan satisfacerlas. Rafael E. J. Iglesia: *La vida doméstica y los objetos* 11

Sin duda las necesidades básicas son las biológicas, éstas, cuando se supera el estadio estrictamente animal, se culturalizan. Se insertan en la urdimbre de una cultura y regidas por rasgos y pautas culturales, se transforman en comportamientos y prácticas sociales, los que, a su vez, suscitan otras necesidades. Comer, reponer energías comiendo, es una necesidad universal, sin embargo su satisfacción varía según las culturas y las sociedades. No se come lo mismo y de la misma manera en una tribu ágrafa, que en una sociedad industrializada. Los espacios adaptados para satisfacer el comer, también difieren entre sí. En sociedades nómades como las arábicas, se come sentado sobre almohadones y alfombras, en Japón la tradición es comer sentado sobre el piso; en las sociedades modernas euro americanas se come sentados en sillas. Naturalmente también encontraremos diferencias en los comidos y en la preparación de la comida. El espacio adaptado para comer, que llamamos "comedor", está equipado con muebles, vajilla, luminarias y otros artefactos considerados necesarios, con distintos grados de inmediatez utilitaria. Esta familia de objetos, entre los que podemos incluir al recinto mismo, se integra en un sitio y toma sentido a través de la necesidad primera de "comer", práctica social motivadora de todos los diseños. De donde la descripción de la adaptación espacial (ámbito más objetos) no es suficiente para una comprensión aceptable. Es necesario organizar todos los elementos en un sistema (Moles), cuyo principio organizador es la práctica social, es decir, las características del habitar.

Clasificando objetos

Baudrillard se pregunta: "¿Puede clasificarse la inmensa vegetación de los objetos como una flora o una fauna, con sus especies tropicales, polares, sus bruscas mutaciones, sus especies que están a punto de desaparecer?" (Baudrillard, 1) Y continúa: ¿Hay quien pueda confiar en clasificar un mundo de objetos que cambia a ojos vistas y en lograr establecer un sistema descriptivo? Existen casi tantos criterios de clasificación como objetos mismos: según su talla, su grado de funcionalidad (cual es su relación con su propia función objetiva), el gestual a ellos vinculado (rico o pobre, tradicional o no), su forma, su duración, el momento del día en que aparecen (presencia mas o menos intermitente, y la conciencia que se tiene de la misma), la materia que transforman (en

el caso del molino de café, no caben dudas, pero ¿qué podemos decir del espejo, la radio, el auto?). (Baudrillard, 1) De modo que los objetos pueden relacionarse usando distintos parámetros, no antagónicos, sino complementarios. Un primer parámetro puede referirse al uso inmediato, pueden ser utensilios (martillos, bistoris, taladradoras, sillas); obras de arte (cuadros, esculturas, bibelots, etc.); armas; símbolos (la cruz, la media luna), objetos de fruición estética (jarrones, adornos); vehículos. Otro a su tecnología: electrodomésticos o metálicos, por ejemplo. Otro, sus atributos formales: grandes o chicos, coloreados o incoloros, barrocos o renacentistas. Dejo al lector imaginar otros criterios clasificatorios. Tanto Simondon como Baudrillard han insistido en el carácter esencial de lo tecnológico en la naturaleza de los objetos. Han señalado, además, como esta característica, se nota claramente en las realizaciones de alta tecnología, como la aeronáutica, espacial, militar, robótica, misilística. En este caso, la evolución tecnológica sigue una línea casi pura, pero es evidente que, para dar cuenta y razón del sistema cotidiano de los objetos este análisis tecnológico estructural es insuficiente. (...) Cada uno de nuestros objetos prácticos está ligado a uno o varios elementos estructurales, pero, por lo demás, todos huyen continuamente de la estructuralidad técnica hacia los significados secundarios, del sistema tecnológico hacia un sistema cultural. (Baudrillard, 6) Baudrillard critica al extraordinario libro de Sigfried Giedion “La mecanización toma el mando” porque

...apenas si da respuesta a la pregunta de saber cómo son vividos los objetos, a qué otras necesidades, aparte de las funcionales, dan satisfacción, cuáles son las estructuras mentales que se traslapan con las estructuras funcionales y las contradicen, en qué sistema cultural, infra o transcultural, se funda su cotidianidad vivida. (...) Así, pues, no se trata de objetos definidos según su función, o según las clases en las que podríamos subdividirlos para facilitar el análisis, sino de Rafael E. J. Iglesia: La vida doméstica y los objetos 12

los procesos en virtud de los cuales las personas entran en relación con ellos y de la sistemática de las conductas y de las relaciones humanas que resultan de ello. (Baudrillard, 2) Para analizar “los procesos en virtud de los cuales las personas entran en relación con ellos [los objetos] y de la sistemática de las conductas y de las relaciones humanas que resultan de ello”, como lo pide Baudrillard, propongo recurrir, a partir de una incipiente Teoría del Habitar, a la noción de sitio, sobre la que discurriré luego del próximo parágrafo.

Habitar y equipar

Habitar tiene como condición (aunque no necesaria) cierto equipamiento, poner objetos en el mundo. Habitar un espacio es equiparlo, colocar en él los objetos necesarios para habitar, aun los más elementales, como en el caso de las sociedades ágrafas preindustriales. “Cuando un aparato invade áreas crecientes de la vida de una sociedad, rápidamente se forma una cultura asociada a ese aparato. Casos como la radio, la cocina económica o el televisor han formado parte creciente de nuestras vidas y de las de nuestros antepasados. De manera análoga, los objetos tecnológicos no pueden vivir sin la protección de un conjunto de prácticas que los acogen y fecundan”. (Bernatene) De modo que en un comedor habrá mesas, altas, al modo occidental moderno; o bajas como en las viviendas islámicas y japonesas; o alargadas como en la antigua Grecia. Y asientos: sillas, taburetes, triclinios o almohadones. Ricardo Blanco ha analizado las variedades formales y técnicas de las sillas. Muchas veces estas formas responden a lo que podría llamarse “voluntad de forma” o “gusto”, combinada o no con aspectos tecnológicos: materiales, modos de producción. Pero su genealogía comienza con la adecuación a la función inmediata de sentarse encuadrada en una determinada cultura.

Veamos un ejemplo, el del desarrollo del escritorio y los objetos integrados a la práctica de escribir y elaborar información escrita.

Contemplemos a *Jerónimo en su lectorium* (Antonello da Messina, 14742), donde Jerónimo, frente a su escritorio, medita y escribe. El ambiente es grande, se diría desmesurado, semeja un espacio configurado para prácticas religiosas, un territorio como un presbiterio. George Perec lo describió así:

2 El cuadro se exhibe en la National Gallery de Londres. Rafael E. J. Iglesia: La vida doméstica y los objetos 13

El escritorio es un mueble de madera colocado sobre el enlosado de la catedral. Reposo sobre un estrado al que se accede por tres peldaños y comprende fundamentalmente seis casilleros cargados de libros y de diversos objetos (sobre todo cajas y un jarrón), y una superficie de trabajo, la parte plana de la cual sostiene dos libros, un tintero y una pluma, y la parte inclinada el libro que el santo está leyendo. Todos sus elementos son fijos, es decir, constituyen el mueble propiamente dicho, pero además sobre el estrado hay un asiento sobre el cual está sentado el santo, y un arca. El santo se ha descalzado para subir al estrado. Ha dejado su sombrero de cardenal sobre el arca. Está vestido con un hábito rojo (de cardenal) y en la cabeza lleva una especie de solideo igualmente rojo. Está muy derecho en su asiento, y muy lejos del libro que está leyendo. Sus dedos se han deslizado entre las hojas, como si estuviera simplemente hojeando el libro, o como si necesitara repasar fragmentos anteriores de su lectura. Encima de uno de los estantes, frente al santo y muy por encima de él, se erige un minúsculo Cristo crucificado. A un lado de las estanterías están colocadas dos páteras austeras, y sobre una de ellas hay una tela que quizás es un amito o una estola, pero lo más verosímil es que se trate de una servilleta. En un saliente del estrado hay dos macetas con plantas, una de las cuales quizá es un naranjo enano, y un gatito atigrado cuya postura invita a pensar que se encuentra en estado de sueño ligero. Por encima del naranjo, sobre el tablero de la superficie de trabajo, hay una etiqueta fijada que, como casi siempre en Antonello de Messina, reproduce el nombre del pintor y la fecha de realización del cuadro. A cada lado y por encima del despacho, se puede uno hacer una idea del resto de la catedral. Se encuentra vacía, si exceptuamos a una león situado a la derecha y que, con una pata en el aire, parece dudar en venir a molestar al santo en su trabajo. En el cuadro de las altas y estrechas ventanas de arriba, aparecen siete pájaros. A través de las ventanas de abajo se puede contemplar un paisaje ligeramente accidentado, un ciprés, varios olivos, un castillo, un río con dos personajes que están remando y tres que pescan. El conjunto puede verse por una vasta abertura ojival apoyada por un pavo real y una avecilla rapaz que posan complacientemente junto a un magnífico barreño de cobre. Todo el espacio se organiza por entero alrededor de este mueble (y el mueble se organiza por entero alrededor del libro): la arquitectura glacial de la iglesia (la desnudez de su enlosado, la hostilidad de sus pilares) queda anulada: sus perspectivas y sus verticales ya no delimitan el único lugar de una fe sublime, sólo están presentes para dar al mueble su escala, permitirle su inscripción: en el centro de lo inhabitable, el mueble define una espacio domesticado que los gatos, los libros y los hombres habitan con serenidad. En este espacio adaptado ocurren momentos (quizá los más importantes) del habitar de Jerónimo. El espacio ha sido conformado. Por un lado el cobijo, la arquitectura sin más. Por el otro, los objetos minuciosamente relevados por Perec. Todo esto se integra o compone un sitio: el gabinete de Jerónimo. Allí no sólo están las cosas, sino que están en función de una práctica del habitar. Jerónimo piensa, ora, escribe. Para representar “su” San jerónimo, Antonello eligió un sitio: el escritorio, no un dormitorio o un retrete. El escritorio evidencia la actividad vital esencial al santo: su misticismo. El sitio elegido “dice” la

actividad de Jerónimo. El contemplador, con su experiencia habitacional, decodifica el mensaje. Los objetos se integran siempre en un sitio, constituyéndolo y haciéndolo apropiado para habitar. La habitación es el cobijo más los objetos, es un sistema espacial orientado hacia el fin de habitar. La silla de San Jerónimo, tal como la imaginó Antonello da Mesina, (1475) es dura, incómoda. Se integra con un escritorio alto, libros y anaqueles, plumas, tinteros, lámparas de aceite y otros accesorios propios del estudiar y escribir. El escritorio del siglo XIX no difería gran cosa del de San Jerónimo renacentista. Rafael E. J. Iglesia: La vida doméstica y los objetos 14

A principios del siglo XX, Frank Lloyd Wright, diseñó (1906), para las oficinas Larkin, de Chicago, un escritorio integrado con el asiento retirable. Por entonces el escritorio familiar de uso común había incorporado una tapa corrediza que permitía proteger el trabajo realizado del polvo y de intrusos. Mientras otros escritorios incorporaban ingeniosos sistemas de escamoteo y guardado, las máquinas de escribir.

Los escritorios evolucionaron desde aquellos pesados escritorios con cierre deslizantes, hasta los más sencillos escritorios con dos columnas de cajones laterales (pedestales). Principalmente eran de madera, pero poco a poco los escritorios con partes metálicas invadirían las oficinas.

Los empleados se sentaban en ordenadas filas de escritorios idénticos; los ejecutivos en oficinas vidriadas, custodiadas por secretarías que montaban guardia puertas afuera. Los espacios diferenciaban claramente las jerarquías: el suceso se evidenciaba cuando se tenía una oficina con paredes y una ventana. En la década del treinta, en parte por la influencia de los diseños de la Bauhaus alemana se Marc Stam, Marcel Breuer y Ludwig Mies van der Rohe, la innovación vino de la mano del uso de estructuras de tubos de acero cromado, que ofrecían mayor higiene y mayor resistencia.

En los cuarenta diseñador norteamericano George Nelson diseñó un escritorio con mesada lateral, que, junto con el asiento giratorio, permitía escribir con la máquina sin entorpecer el trabajo en la mesada frontal.

Estos diseños fueron el preludio de una integración mayor, que relacionó más íntimamente la práctica social del trabajo terciario, con el equipo utilizado.

Nelson diseñó (1964) para Herman Miller el Action Office 13, que incorporaba estanterías sobre la mesada, aprovechando el espacio vertical y permitía, para configurar puestos de trabajo adecuados a cada tarea, integrar con más libertad las partes de los muebles de oficina. Ya no se trataba de escritorios o muebles en general, que no admitían posibilidad de cambio con sus cajoneras y altura fijas. El Action Office 1 instauró la noción de sistema en el equipamiento de oficinas.

3 Ver estudios de casos, Action Office 1 y 2.

Al Action Office 1 le siguió, después de largas investigaciones, el Action Office 2, diseñado por Robert Probst.

Estamos ya lejos de la imagen corriente de lo que es un producto bien diseñado, por ejemplo, una máquina de escribir, un auto, una silla. El Action Office es un sistema de elementos que no pueden visualizarse si no es integrado en un ámbito de trabajo. Fue el resultado de largos estudios sobre el trabajo administrativo. El sistema se componía de elementos diversos: paneles articulados, mesadas, artefactos de iluminación, estanterías. Se organizaba con espacios en los que los paneles articulados permitían controlar la exhibición y la privacidad.

Como se verá más adelante (ver capítulos sobre trabajo terciario) avanzado el siglo, los sistemas de puestos de trabajo integraron luminarias, computadoras, asientos cada vez más sofisticados. Es esta una evidencia clara de la integración de objetos en un sistema determinado por la práctica social. Lo mismo ocurre sin que los objetos Rafael E. J. Iglesia: La vida doméstica y los objetos 15

se diseñen originalmente dentro de un sistema, de todos modos se integran sistémicamente (Baudrillard, Moles). Como ya dije, esta integración subspecie estética es la que se da en los estilos Bruno Chuk, siguiendo a Heidegger (el ser es habitando), habla de las “de las cosas que son parte del sitio, que ya no son tampoco cosas en sí sino para ese sitio que es espacialidad fundante. Y evidencia su razonamiento con el siguiente ejemplo: Un padre viudo tiene un niño de 7 años, a quien despierta a las 6,30 hs. para desayunar. Han elegido la pequeña mesita que está en la cocina angosta, bajo la ventana. Bien, los útiles se han vuelto cercanos al encuentro matutino de ellos dos. La tostadora no vale por "tostar", ni la pava por "calentar". Esos útiles adquieren vida, por decirlo así (y significatividad, pues en Heidegger la primer significación del útil es justamente referir y articular la estructura del plexo de sitios), porque se tornan el paraje de un encuentro, de un sitio que ya no es tanto la incómoda cocina de 1,5 x 4 m, sino, antes que eso, cercanía, paraje de un encuentro entre un padre, un hijo y una ausencia. (...) aquellos útiles que conforman la espacialidad estén "orientados", en el sentido en que estén referidos y señalizados hacia el paraje del que forman una “corporeidad abierta”. El sitio es "situación" dada en el cruce de referencias mutuas: la mesita, la pava, la tostadora, se orientan según sean ser-a la mano del padre y el hijo que se encuentran. (Chuk, 54) La misma situación la evocó Evaristo Carriego en “La silla que ahora nadie ocupa” De tiempo en tiempo, casi furtivamente, llega en silencio alguna que otra mirada hasta la vieja silla desocupada que alguien, de olvidadizo, colocó en frente. Y, mientras se ensombrecen todas las caras, cesa de pronto el ruido de las cucharas porque insistentemente, como empujado Por esa idea fija que no se va, el menor de los chicos ha preguntado cuándo será el regreso de la mamá. En resumen Resumiendo, son posibles muchos enfoques en el estudio de los objetos, pero hay dos fundamentales: el genotípico, lo que el objeto es: “cuchillo”, “automóvil”, etc.; y el fenotípico, lo que cada objeto actual es en su relación con las prácticas sociales y los espacios configurados para su ocurrir; como “el sillón del abuelo” o el “trono de Luis XIV”. Una cosa es describir un objeto, detallando sus características materiales y otra “narrar” sus modos de ocurrencia, sus modos de existir en el mundo del habitar. En ese sentido, como ya dije antes, un martillo puede actuar como utensilio para clavar, como arma, como símbolo del trabajo y hasta como obra de arte. En ese sentido la acción de un sistema de los objetos sólo puede entenderse en función de una práctica social.

Sitios

El sitio (según el diccionario "paraje o terreno determinado, que es a propósito por su utilidad para una cosa"). En las traducciones de Martin Heidegger se traduce Raum por lugar, pero cuando el filósofo dice: “De ahí que los espacios reciban su esencia desde lugares y no desde «el» espacio”, parece referirse al concepto castellano de “sitio”. En nuestro idioma, el sitio está siempre nominado, como “comedor”, “dormitorio”, “templo”, etc. Esa denominación indica una práctica social o un modo de habitar. La noción de sitio implica al espacio configurado, las acciones o prácticas sociales (el uso) a los que está destinado o asociado (lo que implica a los habitantes), las imágenes que de él tienen los habitantes, su valoración y su situación simbólica. En la denominación del sitio, a través del lenguaje, se resume o condensa la experiencia cultural del espacio y su uso y configuración. Rafael E. J. Iglesia: La vida doméstica y los objetos 16

Los sitios típicos que podemos encontrar en las viviendas familiares de la sociedad euroamericana, son el comedor, el dormitorio, la cocina y el baño; a los que podemos agregar, en viviendas más holgadas, la sala de estar. Muchas veces estos sitios se integran en un solo ambiente, como en viviendas pobres y los departamentos urbanos de solteros parejas sin hijos. En general, salvando las diferencias económicas, los sitios más identificados son la cocina y el baño. Las prácticas sociales correspondientes son:

para el estar, el encuentro familiar y social; para el comedor, el comer en grupo y muchas veces el encuentro social; para el dormitorio el recogimiento, que se vuelve extremo en el baño. Según el estado social la cocina participa de recogimiento y aislamiento. La psicología del ambiente (Environmental psychology) estudia no sólo los individuos que actúan en un sitio, sino las cualidades de ese sitio y lo que el sitio representa o como es imaginado. Se observa el sitio, qué ocurre en él, y se trata de descubrir qué espera, hace o desea hacer la gente allí, y qué significa el sitio para esa gente (Canter).

El equipamiento mobiliario

Cada sitio tiene un destino (Baudrillard) y un uso preferente, sólo posible con su equipamiento mobiliario. Los muebles se miran, se molestan, se implican en una unidad que no es tanto espacial como de orden moral. Se ordenan alrededor de un eje que asegura la cronología regular de las conductas: la presencia perpetuamente simbolizada de la familia ante sí misma. En este espacio privado, cada mueble, cada habitación, a su vez, interioriza su función y se reviste de dignidad simbólica; la casa entera lleva a su término la integración de las relaciones personales en el grupo semicerrado de la familia. (...) seres y objetos están ligados, y los objetos cobran en esta complicidad una densidad, un valor afectivo que se ha convenido en llamar su "presencia". (...) Antropomórficos, estos dioses lares que son los objetos se vuelven, al encarnar en el espacio los lazos afectivos y la permanencia del grupo, suavemente inmortales hasta que una generación moderna los relega o los dispersa, o a veces los reinstaura en una actualidad nostálgica de objetos viejos. (Baudrillard, 13, 14) Los objetos de diseño industrial se instauraron en la vivienda (y aquí hablaremos principalmente de la vivienda urbana de clase media y alta), impulsados por nuevas necesidades (v.g. recorrer distancias cada vez mayores para trabajar, comunicarse instantáneamente) o nuevos modos de satisfacer viejas necesidades (el auto en lugar del carro o el caballo, la moda, el cambio de gusto, reclamando cambios no estrictamente necesarios; la provisión de agua corriente o de electricidad, que llevó al uso de nuevos artefactos) o por una ideología del "progreso" a ultranza, donde todo lo nuevo es mejor (Nisbet). Para la década del treinta la tecnología se instauró en el imaginario colectivo argentino como la portadora de la modernidad y el confort, con lo que se debilitaron muchas posiciones conservadoras y se abrieron posibilidades a la renovación del utillaje doméstico. Al mismo tiempo, debemos considerar que en la misma vivienda, cuando se trata de una familia extensa, coexisten habitantes que se inscriben en distintas subculturas: los abuelos conservadores, los padres entre las innovaciones y lo conservable; y los hijos (sobre todo los adolescentes) que buscan innovación por todas partes. Así pueden coexistir la mecedora Thonet y la PC.

La integración sistémica de los objetos

Para acercarnos a esta relación habitante-objeto buscaremos una relación más cercana al habitar: la integración de familias, constelaciones o sistemas de objetos (Baudrillard, Moles). Tal como ocurre en un comedor actual, y tal como lo ilustran las revistas de decoración: la mesa puesta para el banquete relaciona ambiente englobante (arquitectura en el sentido más amplio de la palabra y la decoración); el amueblamiento (mesa, sillas, aparadores, vitrinas, cuberteros); la vajilla (platos, vasos y copas, cubiertos, salseras, botellones); manteles, servilletas. Y la sistémica propiamente dicha: la del rol de los objetos en una determinada práctica social. En el habitar el objeto asume un carácter mediador entre los hombres, como mercancía y como índice de status social. Los objetos acompañan, hacen posible o facilitan las prácticas sociales. Rafael E. J. Iglesia: La vida doméstica y los objetos 17

Hay entonces “sistemas de objetos” (Moles). Sistemas o constelaciones de utensilios que se integran alrededor del núcleo de una práctica social. Por ejemplo, en la práctica “viajar” se integran el camino, el vehículo, las maletas, las guías o mapas, y así siguiendo hasta, en el caso del viaje aéreo, los aviones y los aeropuertos. Familias que se pueden reconocer en los escaparates de las tiendas de electrodomésticos. Las viviendas (aun en moradas de culturas ágrafas, como en el caso de los inuit) son un sistema de sitios, genéricamente llamados “cuartos” o “piezas”, que al asociarse con una práctica específica, reciben nombres como “estar”, dormitorio, cocina y así siguiendo. En ellos se llevan a cabo prácticas sociales familiares. Para el caso “comer” la constelación se integra, por empezar, con los espacios del comedor y la cocina, que muchas veces, tanto en la arquitectura de las sociedades ágrafas, como en la contemporánea, se han unificado. Esta sistematización arquitectónica se completa con integración del mobiliario, la vajilla, y otros objetos, tanto funcionales como decorativos que coadyuvan en la práctica “comer”. Es decir, nos encontramos, como sostienen Baudrillard y Moles, con sistemas o familias de objetos relacionados por una práctica. Para buscar la “realidad vivida” de los objetos, hay que bucear en el habitar. Baudrillard sostiene que el estudio del “sistema” de los objetos debe ser considerado como la interrelación entre un sistema de prácticas sociales y un sistema de técnicas. ...La descripción de un sistema de los objetos debe ir acompañada de una crítica de la ideología práctica del sistema. (Baudrillard, 9) Y, metafóricamente propone estudiar cómo la “lengua” de los objetos es “hablada” en las prácticas sociales. Una ecología objetual. Siguiendo con la analogías, se puede estudiar el “campo de dispersión” de un objeto, es decir, el comportamiento del objeto en situaciones disímiles, en prácticas sociales diferentes. Como en el caso, frecuente en Latinoamérica, donde materiales de rezago se utilizan con otros fines que los originales; como el uso del caucho sintético como suela de sandalias. Se forman así “constelaciones” o sistemas de objetos. Una iglesia católica supone un cobijo arquitectónico, y en orden de importancia litúrgica, un altar y sus implementos: el ara, la mesada, el cáliz, el atril, y así siguiendo. Más el acomodo de los feligreses, que pueden ser sillas, bancos, taburetes o alfombras. Todos estos objetos, hasta las botellas con el vino y el agua, las casullas, las velas, los cuadros y esculturas, el asiento del obispo, los incensarios, se integran y toman sentido en un sistema que los relaciona. Relaciones que pueden ser desde funcionales, aquellas que son necesarias para la práctica a llevar a cabo. Dimensionales, v.g. el tamaño de cada objeto debe respetar las dimensiones del lugar de destino o de otros elementos; la copa y la mano; el libro y su lectura; el ara y las dimensiones del cuerpo humano; la resistencia al uso. Relaciones estéticas o formales, a las que podemos agregar las significativas o simbólicas: la cruz y su mensaje de sacrificio; las efigies recordando la humanidad de los santos y hasta la traza del templo. Como se ve, los objetos existen, desde su concepción, relacionados con determinado uso, relacionado a su vez con determinadas prácticas sociales; las que, a su vez, determinan el sitio o, para usar una analogía de las ciencias naturales, el nicho ecológico en se situará. El martillo sirve, en forma inmediata, para martillar, ¿Qué? Clavos, metal ardiente, piedras. Puede haber martillos o mazas multifuncionales, pero también los hay adaptados meticulosamente a su función y al medio de actuación. El martillo puede, gracias a la fuerza de la metáfora, referir al trabajo y desde allí al comunismo. Cada objeto y el todo, cumplen múltiples funciones, desde la de utilidad inmediata, hasta las simbólicas. Para Baudrillard “seres y objetos están ligados, y los objetos cobran en esta complicidad una densidad, un valor afectivo que se ha convenido en llamar su “presencia”.

Sitios y objetos familiares

En el mundo del siglo XX, por un lado la tecnología engarzada en un sistema capitalista, impone sus condiciones; por el otro la fuerza gravitatoria de las culturas hegemónicas (la europea y la norteamericana) impone modelos, no sólo de pautas, rasgos culturales y prácticas sociales, sino de los objetos mismos (caso claves los automóviles, aviones y computadoras). Aunque la globalización Rafael E. J. Iglesia: La vida doméstica y los objetos 18

acelera la homogeneización cultural, cada sociedad sigue teniendo sus propias prácticas sociales que indican formas particulares de apreciación y uso de los objetos. Es justamente en el ámbito familiar donde se evidencia la sumisión, la rebelión o la adecuación frente a la globalización objetual y la globalización de las prácticas sociales implicadas. No parece inútil recorrer algunos ejemplos de cómo los objetos se articulan en constelaciones que gravitan alrededor de algunas prácticas sociales relacionadas con algunos sitios domésticos. “La casa” ha dicho Viollet-Le-Duc, “es ciertamente la que caracteriza mejor las costumbres, los gustos y los usos de una población”. Para analizar el ocurrir de los objetos en la vida familiar debemos asumir que espacialmente la vivienda familiar se estructura con espacios adaptados a las distintas prácticas sociales domésticas o familiares, espacios que he llamado “sitios”, unidades espaciales elementales, constituyentes o no de territorios. Unidades que a su vez, se territorializan, es decir ocurren como extensiones espaciales donde alguien, aunque no ejerza el dominio total, ejerce cierto control, referido a alguna función o práctica, tal como lo describe el concepto de territorio en la ecología.

Objetos y estatuto social

El status de una persona, familia o grupo social puede inferirse de los bienes culturales y materiales, de su riqueza y de su participación en la sociedad. Inferencia que supone una semiología. Estas condiciones son universales, parecen ser una condición humana. Los objetos poseídos forman parte de una comunicación de la situación social propuesta a la lectura de los “otros”. De modo que el arreglo de la vivienda y no sólo su exterior, conforma un mensaje sobre la situación social de la familia. Según Baudrillard es posible realizar una clasificación social a partir de los objetos que se encuentran en una sala, según su naturaleza y su distribución; mediante un topoanálisis al que se debe sumar el uso, las prácticas sociales correspondientes. La vida cortesana en Versalles es un espléndido ejemplo histórico. Cualquier película inglesa de la vida en las grandes mansiones británicas da cuenta de ello. Los objetos pueden verse así como un sistema de signos y como parte del campo de prácticas sociales que sostienen, permiten o alientan. Mas no se trata de mensajes coherentes, pueden ser, no sólo redundantes, sino contradictorios. La recepción de una gran mansión puede estar plagada de muebles de estilos históricos, de obras de arte de todos los tiempos y de aparatos de última generación (teléfonos, televisores y así siguiendo). También puede coexistir la conformidad con la disconformidad. Conformidad en tanto se siguen las pautas culturales o la moda vigente; disconformidad en tanto se agregan detalles que indican “de todos modos yo no soy como todos”. De modo que los objetos indican, consciente o inconscientemente, pertenencias, grupos de referencia, situación social. En general los sitios habitados o habitables mantienen una fuerte continuidad o permanencia en lo que en la teoría de la arquitectura del siglo XIX se llamó los “elementos de arquitectura” (Guadet), paredes pisos, ventanas, puertas. Elementos fijos de cambio difícil, que tiende a ser inmutables: lo inmobiliario. Por otra parte, los muebles y los demás objetos cotidianos conforman un sistema “blando”, que puede cambiar fácilmente (la radio, el televisor, el ordenador, las cocinas, etc. se cambian por modelos mejores, más avanzados). Lo cotidiano es el ámbito de lo normal, lo natural, lo dado (normalidad, naturalidad y dación, normadas por la cultura). También es lugar de continuidad y de

tradición. Quizá por eso, lo doméstico asentado no es el lugar predilecto de las innovaciones, que son mucho más frecuentes en la fundación de nuevos hogares. En el habitar, el sistema de objetos coadyuvante, no puede reducirse en un sistema sencillo, totalmente coherente, sin incoherencias y contradicciones internas. Varios sitios marcan al ámbito familiar: la sala, el comedor, el dormitorio y la cocina. El mobiliario con el que se configuran evidencia la estructura familiar y las prácticas sociales domésticas.

Mesas, sillas, sillones, armarios y otros elementos como la radio, el tocadiscos, la televisión se integran, no siempre en armonía en un sistema de uso familiar. Rafael E. J. Iglesia: La vida doméstica y los objetos 19

Motivos de prestigio, de “estar al día” o a la moda, o de nostalgia, encuadran a los cambios y a las permanencias. En general hay una fuerte tendencia a la acumulación, por adquisición, por herencia, por regalo.

Lecturas del espacio vivido

Las “conformaciones” en las viviendas familiares se concretan en lo que he llamado sitios: lugares nominados, como “patio”. Con lo que quiero decir que cuando una extensión habitable recibe un nombre que la relaciona con una función, estamos frente a un sitio. Y prefiero sitio a lugar, dado que la definición castellana de lugar es “espacio donde están las cosas”, una porción espacial abstracta sin referencia al uso o a la función. Mientras que “sitio” refiere a un lugar donde algo puede pasar; es decir liga espacio con uso y de allí instaura a ese espacio, ahora sitio, en la cultura. Eleb-Vidal y Debarre-Blanchard, comentando el método usado en su investigación sobre la arquitectura doméstica, se preguntaban al estudiar los planos: ¿Por qué interesarse en la terminología de los lugares? Un plano sin denominación de lugares inscripta en el momento de su concepción es un plano casi mudo cuando data de otra época que la nuestra. (...) el lector no tendrá para comprenderlo más recurso que su propia terminología, que refiere a prácticas contemporáneas que pueden llevarlo a interpretar de manera errónea lo que ve. En gran parte gracias a la denominación de cada espacio que tenemos acceso a los usos, (...) Sobre el plano, una pequeña pieza rectangular anexa a una más grande, puede ser un guardarropas, un “boudoir”, un toilette, según las épocas o el status de ocupante. (Eleb-Vidal, Debarre-Blanchard, 17, traducción propia) Los sitios pueden ser considerados como un texto (Lotman), un “conjunto sígnico coherente”. Se los puede organizar (también a los objetos situados en ellos) en un subsistema de signos dentro de un sistema más general (Eco 1968). Esto, sin descuidar varios problemas: el de la clausura del texto (¿cuál es la unidad del texto cultural?), el de la identidad del emisor (¿quién emite el texto?), el de la identidad del receptor y el de la ilimitación de la interpretación (¿es posible cualquier interpretación?) (Eco 1990). Sin olvidar que el hábitat no es solo un sistema de significaciones y sentidos. Los sitios se integran en sistemas sígnicos propios de distintos grupos o conjuntos de lectores, con algunas intersecciones, pero no necesariamente coincidentes. Cada referente tiene sentido con relación a dos contextos: el contexto emisor y el contexto receptor. Como referente analógico de algo, la arquitectura (o construcción del hábitat) lo es según las intenciones del emisor y la lectura del receptor. Es un objeto cultural (Eco 1968). La lectura de habitantes, comitentes y arquitectos, debido a diferencias de “competencias”, no siempre es concurrente. La cultura moldea al emisor y al receptor; si ambos pertenecen a grupos diferentes, el receptor no podrá decodificar el mensaje a menos que se hubiera apropiado mediante estudios formales de los códigos del emisor. El mensaje también es cultural, desde que se liga a través de la conciencia individual del emisor, a un imaginario social y un acervo histórico que le dan sentido. (Colombres 1990, 11) Bateson llamó marco a este fenómeno metacomunicativo, que en el juego de los animales permite re-significar señales, como el mordisco de los cachorros indicando

“esto es un juego” (y no una pelea). Las imágenes de nuestro habitar forman parte de ese marco y actúan de manera inconsciente. El marco “vivienda” por ejemplo, incluye los conceptos que “denotan ciertos cursos de acontecimientos o de acciones que afectan a varios objetos, personas, propiedades, relaciones o hechos”, y que, como señala Eco, comportará la noción de un lugar donde se vive con gente unida por lazos de parentesco. Ese marco posibilita nuestra comprensión de lo que ocurre en ese sitio, lo que, a su vez, implica ciertas conductas y no otras. Hubo artefactos que fueron claves para la vida urbana en la década del treinta: el teléfono, la radio, las cocinas (eléctricas o a gas), la heladera y el automóvil. Artefactos que continuaron sus propios desarrollos en las décadas siguientes.

Hasta comienzos del siglo XIX, en las crónicas periodísticas sobre grandes palacios, se evidencia, como lo había señalado Miguel Cané en *Notas e impresiones*, y como lo noveló Manuel Mujica Rafael E. J. *Iglesia: La vida doméstica y los objetos* 20

Láinez en *La Casa*, la proliferación de obras de arte, bibelots, estatuillas, y muebles de estilo, sin la presencia de artefactos eléctricos o de producción seriada. En 1903, un tal Petronio, describió en “*Caras y Caretas*” (Nº 524) al palacio Peña, en plena calle Florida, sin mencionar para nada, en esa casa llena de confort, objetos de producción industrial Vicente Fidel López describió la parafernalia de objetos que eran habituales en las grandes mansiones porteñas de fin del siglo XIX. En casa de su personaje Montefiori las obras de arte eran signos de “educación y gusto artístico”, lo que a su vez refería a “aristocracia”. Por eso, en medio ... del desorden más artístico que se puede imaginar (...) andaban todos los siglos, todas las épocas, todas las costumbres, con un dudoso sincronismo si se quiere, pero con el brillo deslumbrador del primer efecto. (López) A todo esto podemos sumarle el testimonio de un viajero curioso, Jules Huret: ... en los salones se ven mobiliarios estilo Luis XVI puro (...) se ven iguales decorados que en las casas parisinas, iguales copias de las obras de arte antiguas, iguales preferencias de ciertos estilos, la misma precaución en la elección de los mil detalles del mobiliario, encajes, cojines, bordados, sederías antiguas. El gusto por los placeres sencillos ha desaparecido. Se necesitan fiestas suntuosas, bailes y soirées que asombren y halaguen a los invitados. (Huret, 23) Tal colección formaba parte del imaginario social de la burguesía porteña, que, a su vez, era seguida por la pequeña burguesía de los inmigrantes. La decoración excesiva siguió siendo una costumbre hasta mediados del siglo XX.

Sebrelli anota una descripción del mobiliario del palacio de Mercedes Castellanos de Anchorena: El moblaje del Palacio Anchorena había sido íntegramente comprado en Europa en oportunidad de los frecuentes viajes realizados por miembros de la familia. Sobre la decoración de los interiores bastará la descripción de una de las tres residencias [la de Enrique de Anchorena y su mujer Ercilia Cabral Hunter] (...) Un biombo de Coroman del siglo XV, y dos muebles chinos franqueaban la puerta del hall. Se destacaban las esculturas de Eberlein, los adornos de cristales de roca, jades y marfiles. Grandes tapices cubrían las paredes que daban sobre la escalinata que conducía a la parte alta. El gran salón de fiestas era de estilo Luis XVI (...) sus muebles de porcelana francesa y como única decoración seis grandes telas de Boucher. Sobre las consolas, piezas chinas de gran valor; en la estufa otras obras de arte (...) El escritorio era de estilo Imperio, y de la misma época era la tapicería colocada sobre la estufa de mármol, (...) Miniaturas, abanicos, marfiles y piezas de museo se veían por todas partes y en las paredes varios cuadros de Jacques, un primitivo de Nicola di Pietro, y otro de Van de Velde. (Sebrelli, 256) Esta leve introducción histórica nos ilustra sobre el imaginario doméstico que subsistió hasta la mitad del siglo XX. El mobiliario inscribía “en duro” el estatuto social. Servía como escenario que daba cuenta de logros sociales.

No hay en las descripciones presentadas, a pesar de las referencias al “confort moderno” ningún rastro de productos industriales modernos, como no sean las réplicas de estatuas de estilo. También es notable la ausencia de comentarios sobre objetos art nouveau (aunque se menciona un cuadro de van de Velde), estilo que el propio Christophersen utilizó parcialmente en el palacio y que, para ese entonces, estaba bastante difundido en nuestro país. El mismo notorio arquitecto dijo en 1916, ubicándose entre los “moderados modernos”, que no vacilaría en: “...suprimir locales y crear uno solo, el living room, aumentar el número de baños, el ascensor, el frigidaire y el electrolux, la calefacción y la refrigeración central”. La tecnologización del hogar puede decirse que comenzó en la Argentina y más puntualmente en Buenos Aires, en la década del veinte, en medio de una situación económica favorable. Los cambios ocurridos pueden ubicarse en períodos, que corresponden a ciclos macroeconómicos y de desarrollo industrial: 30-60; 60-90 y hasta nuestros días.

4 Según Reginald Lloyd, Mercedes Castellano de Anchorena era dueña de unas 260.000 hectáreas de tierras dedicadas a la ganadería y a la agricultura, y de unos 150 edificios en Buenos Aires. Su palacio fue proyectado por el Arq. Alejandro Christophersen en 1909.5 El Hogar, XVII 22 de abril 1932, Nro.1175

Entre el 30 y el sesenta, primero los burgueses más ricos y sin prosapia aristocrática y luego la clase media, adhirieron ideológicamente a la modernidad, que implicaba, entre otras cosas, admitir y desear mejoras en el equipamiento doméstico. Rafael E. J. Iglesia: La vida doméstica y los objetos 21

Aunque la tipología general de la vivienda no ha variado sustancialmente y muchas viviendas en uso tienen varias décadas de vida, dos tipologías arquitectónicas urbanas fueron las receptoras de la mayor parte de los cambios tecnológicos: el petit hotel y el departamento. Por otra parte, los servicios infraestructurales, como el agua corriente, las cloacas, la electricidad, el gas por cañerías, alentaban la modernización que implicaba la introducción de nuevos artefactos cada vez más sofisticados. Las importaciones de nuevos productos llevaron la modernización a los hogares y más tarde, ya en los finales de la década del treinta, la suspensión de las importaciones alentó a la industria liviana a la producción de artefactos. Por su parte, el cine, desde principios del siglo XX y más tarde la televisión (década del cincuenta), pusieron ante los ojos de la gente las modernizaciones que ocurrían en países de tecnología desarrollada, como los de Europa y los Estados Unidos. Hasta la década del cuarenta, las revistas de interés general o del hogar, como El Hogar, Mundo Argentino o Para Ti, sólo trataban tangencialmente, aunque con entusiasmo, la modernización en general y en particular la de los artefactos domésticos. El argumento principal de las apologías modernizantes era el progreso en general y en particular el ahorro del tiempo, el aumento de comodidad y eficiencia para el ama de casa. La invasión hogareña de artefactos mecanizados y en general, eléctricos, se evidencia en los avisos en las revistas de interés general. En 1955 los más publicitados en avisos generales de casas como la famosa Casa América de Buenos Aires, son máquinas fotográficas, planchas, tocadiscos de mesa, combinados de mesa, radios, combinados, cocinas, estufas, ventiladores, lavarropas, procesadoras, licuadoras, aspiradoras y lustradoras, pavas eléctricas, secadores de pelo, calefones. Esto indica la gran incidencia de los artefactos en la vida doméstica. En la década del noventa, la participación de la mujer en el mercado de trabajo aumentó: 36% de los trabajadores es femenino; el 22% de las mujeres son el sostén del hogar. Aún con escasos recursos, las tareas del hogar precisan más ayuda mecánica. Para la década del ochenta, el diseño de los artefactos se caracterizó por una gran diversidad, el styling dominó el panorama: en cualquier tienda de electrodomésticos se manifestaba la diversidad de modelos y de formas. En 1993 los artefactos más difundidos son: el teléfono, el teléfono celular; la

batidora eléctrica; la videocasetera; el termotanque, el automóvil; la heladera, el televisor color, el lavarropas, el calefón, el secarropas, la cocina y la bicicleta. Estudios de la Secretaría de Programación Económica (1993) indican que la relación pobreza-bienes de consumo se nota en la menor adquisición de aspiradoras, batidoras eléctricas, videocaseteras, termotanques, automóviles y en el menor uso del teléfono Pero no es notable en cuanto se refiere a heladeras, el televisores, lavarropas, calefones, secarropas, cocinas y bicicletas. Como indicador de la tecnologización del hogar, se midieron los siguientes artefactos: cocina, TV color, heladera sin freezer, teléfono, calefón, lavarropas sin centrifugado, bicicleta, batidora eléctrica, aspiradora, termotanque, videocasetera, heladera con freezer, lavarropas con centrifugado, secarropas, televisor blanco y negro, equipo de audio sin CD, equipo de audio con CD, teléfono inalámbrico, aire acondicionado, computadora personal, video reproductora, horno microondas, freezer independiente, reproductora de CD, alarma electrónica, horno empotrado y lavavajillas, automóvil y motocicleta. El orden de posesión de artefactos en el Gran Buenos Aires fue el siguiente (1993): Cocina, 99% Heladera 99% TV, 86% Lavarropas 60% Teléfono 56% Calefón 46% Automóvil 43% Batidora eléctrica xxxx 40% Aspiradora xxxx 37%

Termotanque xxx 30% Rafael E. J. Iglesia: La vida doméstica y los objetos 22

Secarropas xxx 29% En las últimas décadas del siglo XX la importación y la fabricación nacional de artefactos, inundó la plaza con nuevas formas, generalmente sobre tipologías anteriores que se mantienen, en tanto tipologías, sin cambios. Es el caso los muebles, las cocinas, las heladeras y los automóviles. El período del diseño “moral”, de la gute form, del diseño como un modo de cambiar la sociedad, ha terminado. Tanto los productores, como los diseñadores y sobre todo el público (al cual apelan constantemente las encuestas de mercadeo), buscan en el diseño la novedad y la estética. Estos son los factores de seducción del comprador. Diseñadores líderes del gusto como Philip Stark y otros, retoman la senda, nunca abandonada, de Raymond Loewy. Los diseñadores argentinos, en medio de tremendas dificultades coyunturales, oscilan entre el styling y la gute form.

Nuevos artefactos

Dice Siegfried Giedion, hablando de los Estados Unidos, situación que dada la buena posición económica de la Argentina, ocurrió también aquí, aunque con menos intensidad: Alrededor de 1920, la mecanización abarca la esfera doméstica. Por vez primera, toma posesión de la vivienda y de todo lo que en ella sea susceptible de mecanización: la cocina, el baño y sus respectivos equipos, que captan la fantasía y suscitan el instinto adquisitivo del público hasta un grado asombroso. En el tiempo de la plena mecanización, surgieron en las necesidades del hogar más dispositivos de los que habían sido introducidos en todo el siglo anterior, y éstos absorbieron una parte sin precedente del espacio, el costo y la atención. Para establecer en qué momento las diversas aplicaciones de la electricidad alcanzaron la popularidad, enviamos un cuestionario a una de las grandes empresas de ventas por correo, y resulta que los aparatos menores, ventiladores, planchas, tostadores de pan y exprimidores, ingresaron en los catálogos en 1912, la aspiradora eléctrica en 1917, la gama eléctrica en 1930 y la nevera eléctrica en 1932. (Giedion, 36) Una lectura del catálogo de la gran tienda Gath y Chávez (1922) nos muestra que los artículos en oferta son lámparas de kerosén, planchas de brasas y de hierro fundido, e innumerables herramientas del hogar, especialmente de la cocina. La mayoría de los utensilios son manuales, todavía hay pocos artefactos motorizados. Desde comienzos del siglo XX, en Buenos Aires, Córdoba, Rosario, el equipamiento doméstico se integró poco a poco con productos industriales: artefactos sanitarios, cocinas, heladeras (de hielo y eléctricas), vajilla,

muebles, teléfonos, luminarias, radios. Algunos de estos se producían en el país, como muebles, faroles y quemadores, estufas a kerosén y las “cocinas económicas”. En algunos sectores la resistencia al cambio era mayor. En la cocina los modos de cocinar se resistían a las innovaciones. Los actores de esta resistencia no sólo eran las cocineras contratadas, sino las amas de casa: el fuego de la leña o del carbón era considerado mejor que el del gas; las marmitas de hierro cocinaban mejor que las de aluminio. Sin embargo, las mejoras evidentes de algunas innovaciones, no podían resistirse, sobre todo cuando, por razones económicas, tanto en las clases más pobres como en la clase media baja, el ama de casa tuvo que asumir las funciones del cocinar. En el siglo XX, otros artefactos se sumaron al utillaje doméstico, el teléfono, la radio, los gramófonos y centros musicales, las luminarias, cocinas, calefones, heladeras, lavarropas, lavavajillas; por fin el televisor, el horno a microondas. Sus formas se destacaban y no acompañaban a las de los muebles tradicionales. Lo que no molestaba cuando alguno de ellos se ubicaba en locales no sociales, como la cocina, el lavadero y el baño. El catálogo de la tienda Gath y Chávez (1922) mostraba algunos artefactos de producción industrial, como lámparas a kerosén, y múltiples artefactos para la cocina, desde calienta platos múltiples (las planchas de hierro, con o sin depósito de brasas, eran aún muy comunes) hasta molinillos de café; seguidos por herramientas y cuchillería. Todavía no están presentes los nuevos artefactos con motores eléctricos. En la década siguiente combinados musicales, aspiradoras, lustradoras, heladeras, cocinas eléctricas (o a gas), calefones, ventiladores y otros productos industriales se ofrecen en los avisos comerciales de diarios y revistas. Las cocinas eléctricas, de gas o a kerosén, las aspiradoras, la máquina de coser y el lavarropas, fueron una opción seductora para las amas de casa, cada vez más encargadas de las tareas diarias en la cocina.

Todos estos nuevos artefactos no armonizaban con el amueblamiento habitual, casi siempre basado en estilos de siglos anteriores. Cuando se inicia en Europa una renovación del diseño en general, los Rafael E. J. Iglesia: La vida doméstica y los objetos 23

innovadores, como Walter Gropius, Mies van der Rohe y Le Corbusier, se ven obligados a presentar conjuntos completos, diseñando muebles formalmente afines a sus propuestas arquitectónicas. Algunos productos nuevos, como la heladera y la radio, se daban de patadas con los muebles tradicionales. Lo que no se pudo hacer con la heladera, se hizo con las radios: adoptar estilos antiguos hasta que, ya en la década del treinta, el styling propone nuevas formas, algunas inusitadas, como la radio Ekco de Coates y la Spartan diseñada por Walter Dorwin Teague, ambas diseñadas en 1933.

En 1932 la revista *El Hogar* publicó la nota “El hogar ideal es el hogar eléctrico”, elogiando los nuevos artefactos (que por otra parte se anunciaban en sus páginas de publicidad). Más adelante constató el hecho en una nota⁵ titulada “La casa moderna no necesita servicio doméstico”. Allí se decía: El “lavado de platos” terror de las mujeres (...) también ha pasado a la historia. Las manos femeninas no se verán ya arruinadas por este menester, porque una sencilla maquinita se encargará de lavar la porcelana, la cristalería, los y los accesorios de la cocina (...) El carbón sucio y de elevado precio estará desalojado ventajosamente por el gas y la electricidad para cocinar. [Las cocinas] Son tan claras, limpias, ordenadas y estéticas las cocinas de nuestros días, que ninguna señora vacila a entrar a ellas vistiendo su mejor toilette. Unos números más tarde, en 1932, enumeró los nuevos artefactos que hacían más fácil la vida sin mucamas o mucamos, cocineros y lavanderas: calentador eléctrico para el baño, reloj eléctrico, secador de cabellos, calentador de tenacillas, aparato para masajes, fomento eléctrico, calentapié, calentador de cama, encendedor de cigarrillos, calienta platos, termo eléctrico, teléfono, batidor automático, cafetera eléctrica, tetera eléctrica. calentador

múltiple, calentador de agua, matamoscas eléctrico, cocina eléctrica, tostador de pan eléctrico, calentador para cera, calentador para cola, lavaplatos, lavarropa, planchadora, pulidor de cuchillos, plancha eléctrica, pulidor automático, enceradora, motobomba, aspirador de mano, aparato para cocinar huevos. Esta imagen de renovación y liberación, como se ve, estaba basada fundamentalmente en la electricidad y por lo tanto limitada a los centros urbanos que gozaban de servicios eléctricos. En 1940 la compañía CADE (Compañía Argentina de Electricidad) anunciaba los artefactos eléctricos más difundidos: heladera, lavarropas, cocina, velador, ventilador, pava eléctrica, tostadora, cafetera. El censo de 1947 ilustra sobre la tecnificación de los hogares en la Argentina; tecnificación que fue notable en la capital: Buenos Aires. En un hogar de la clase media capitalina se podía encontrar: la radio a válvulas, casi el 83 %; la plancha, 85 % (sólo el 38% eléctrica); máquina de coser: 48% (la mayor parte mecánica); heladera: 40% en Buenos Aires, 20% en el país, de las cuales el 7% en la capital y el 3% en el resto del país, eran eléctricas. Esto acompañado por las cocinas (a gas, eléctricas, a querosén). Otra invasión notable de productos mecanizados ocurrió en la década del sesenta, cuando el receptor de televisión, grande y pesado, ocupó un lugar importante en la vida doméstica y los radiorreceptores portátiles a pilas se hicieron omnipresentes, junto con los equipos musicales eléctricos que reemplazaron a los viejos gramófonos y “victrolas”. Cada vez más el gusto del público es orientado por los anuncios (sobre todo televisivos) y por revistas especializadas o secciones especializadas de revistas de interés general. En esta orientación, cada vez más determinada por la comercialización de los productos y por lo tanto, por la moda, se mezclan productos que en años anteriores serían considerados como duraderos (a veces de por vida), con productos cuya vida útil es efímera y no siempre por fallas en su funcionamiento, sino por la oferta de nuevos (generalmente insustanciales) servicios y nuevas formas. Para la década del ochenta la modernidad en artefactos y muebles domésticos estaba instalada en las revistas de interés general (en su sección de decoración) y en las específicas de decoración. En la década del noventa la oferta de artefactos para el hogar aumentó considerablemente, sostenida por la importación de nuevos productos, muchos de ellos producidos en Asia.

5 El Hogar, XVII 22 de abril 1932, Nro.1175

Los supermercados y las tiendas de electrodomésticos mostraban catálogos que incluían desde muebles hasta artefactos de iluminación, pasando por vajilla, utensilios de cocina, teléfonos, Rafael E. J. Iglesia: La vida doméstica y los objetos 24

heladeras, lavarropas, computadoras, impresoras, scanners, radios y centros musicales, termotanques, televisores, cocinas, parrillas eléctricas. Aunque el uso de muebles de estilo se mantuvo en casi todos los hogares (por razones emotivas, de herencia o de gusto); los muebles modernos y los artefactos ya reconocidos por su diseño (que se consideró un valor agregado, como en la moda de la indumentaria, sin consideraciones estilísticas históricas), se hicieron cada vez más comunes. Esto no significó una mejora en la calidad del diseño. La mayor parte de las veces predominaron la moda, la novedad formal y la frivolidad. Hubo boutiques de “buen diseño” de muebles y artefactos del hogar, sobre todo la vajilla y los instrumentos de cocina. Los nuevos artefactos redujeron las destrezas necesarias para su uso: no se precisa estimar el calor del fuego a leña o a carbón: el gas, la electricidad, las microondas y los controles de temperatura y tiempo, sólo requieren conocer los botones o perillas adecuadas. Ya no se precisa ejecutar la música: los reproductores, desde los gramófonos hasta los home theaters se regulan (volumen, tono) con perillas. Y lo mismo ocurre con muchos instrumentos musicales. Los artefactos de cocina también relegan viejas destrezas, como batir y cortar. El conducir automóviles es cada vez es más automático. Se lava la ropa sin casi ningún

conocimiento o destreza del lavado. Se puede escribir digitalmente sin preocupaciones caligráficas u ortográficas. El manejo de las cosas se reduce a su control. Baudrillard concluye: Sabemos por nuestras experiencias hasta qué punto se debilita la mediación gestual entre el hombre y las cosas: aparatos domésticos, automóviles, gadgets, dispositivos de calefacción, de iluminación, de información, de desplazamiento, todo esto no requiere más que una energía o una intervención mínima. A veces un simple control de la mano o del ojo, jamás una destreza, y cuando mucho un reflejo. Casi tanto como el mundo del trabajo, el mundo doméstico está regido por la regularidad de los gestos de mando o de telemando. El botón, la palanca, la manija, el pedal o nada: mi sola aparición en el caso de la célula fotoeléctrica, sustituyen a la presión, la percusión, el choque, el equilibrio del cuerpo, el volumen y la distribución de las fuerzas, a la habilidad manual (lo que se suele exigir es rapidez). A la presión de los objetos en que participaba todo el cuerpo la han sustituido el contacto (manos o pies) y el control (mirada, a veces el oído). En pocas palabras, sólo las "extremidades" del hombre participan activamente en el medio ambiente funcional. (Baudrillard, 53) A lo que más delante agrega: Tomemos el ejemplo de la mano, cuya importancia en el gestual de control ya hemos visto. Todos los objetos modernos pretenden ser, ante todo, de fácil manejo (es casi lo equivalente de "funcional"), pero ¿qué es esta "mano" en función de la cual sus formas se perfilan? Ya no es, de ninguna manera, el órgano de presión en el que culmina el esfuerzo, ya no es más que el signo abstracto del manejo, al cual se ajustan bastante los botones, las manijas, etc.; la operación en sí ya no requiere trabajo manual y se sitúa en otra parte. (Baudrillard, 58) También las características simbólicas cambian y muchas se pierden. Baudrillard insiste en el desvanecimiento, en los objetos técnicos, del simbolismo primario de las pulsiones sexuales. Sin calar tan profundo, tomemos el ejemplo claro del lugar del fuego, el fogón, el hogar. Tan importante era la función de encender el fuego y cocinar, en la antigua Roma (y esto vale también para casi todas las culturas preindustriales) que la palabra derivó hasta significar "morada" y "grupo" familiar". Aquella función simbólica que los lares expresaban se pierde poco a poco con la llegada de los artefactos industriales. ¿Qué dioses se ocultan en una cocina a gas, eléctrica o en el horno de microondas? ¿En qué artefacto se resume el símbolo de la familia? El simbolismo más fuerte de los artefactos es el del poder. Yo puedo, con sólo apretar un botón o girar una perilla, hacer esto o aquello. Que lo digan, si no, los ciberadictos.

Bibliografía citada

- Alexander, Christopher: El modo intemporal de construir, Barcelona, Gustavo Gili, 1955.
- Áries, Philippe, Duby, Georges: Historia de la vida privada, Madrid, Grupo Santillana, 2001.
- Augé, Marc: Los no lugares, Barcelona, Gedisa, 1993.
- Bachelard, Gastón: La poética del espacio, México, Fondo de Cultura Económica, 1957.
- Bateson, Gregory: Espíritu y naturaleza, Buenos Aires, Amorrortu, s.d.
- Baudrillard, Jean: El sistema de los objetos, Madrid/México, Siglo XXI, 1969.
- Bergson, Henri: La evolución creadora, 1907.
- Bernatene, Ma. Del Rosario: "Imbricaciones. Vida cotidiana de hombres y artefactos", Ponencia en el IV Congreso de Historia Oral, Instituto Histórico de la ciudad de Buenos Aires.
- Blanco, Ricardo: Crónica de diseño, Buenos Aires, CP67. 1997.
- Blanco, Ricardo: "El BKF: vigencia de un diseño", SUMMA Nros. 233-34, enero-febrero 1987, p.115.

- Bollnow, Otto Friedrich: *Hombre y espacio*, Barcelona, Labor, 1969.
- Borges, Jorge Luis: *Obras completas*, Buenos Aires, Emecé, 1974.
- Canter, David: *The psychology of space*, London. Architectural Association Press, 1986.
- Carretero, Andrés: *Vida cotidiana en Buenos Aires*, Buenos Aires, Planeta Argentina, 1998.
- Chombart de Lauwe, P.: *Familie et Habitation*, Paris, CNRS, 1960.
- Chuk, Bruno: *Semiótica narrativa del espacio arquitectónico*, Buenos Aires, Nobuko, 2005.
- Colombres, Adolfo: *Manual del promotor cultural*, Buenos Aires, Humanitas, 1990.
- De Certau, Michel: *La invención de lo cotidiano*. México, Universidad Iberoamericana, 1999.
- Devoto, Fernando, Madero, Marta: *Historia de la vida privada en la Argentina*, Buenos Aires, Taurus, 1999.
- Doberti, Roberto: “Fundamentos de una teoría del habitar”, en *Imagen, texto y ciudad*, Buenos Aires, FADU-UBA, Edición restringida CEHCAU, 1992.
- Eco, Umberto: *La estructura ausente*, Barcelona, Lumen, 1978.
- Egenter, Nold. 1979. *Architecture and habitat anthropology*. Publicado en línea, www.worldcom.ch. 2000. *L’homme et l’espace: fondements révolutionnaires pour une anthropologie de l’espace et du bâti*. Publicado on line, www.worldcom.ch.
- Eleb-Vidal, Monique, Debarre-Blanchard, Anne: *Architecture domestique et mentalités*, París, Ecole d’Architecture Paris-Villemin, 1985.
- Flacelière, Robert : *La vida cotidiana en Grecia en el siglo de Pericles*, 1969.
- Gay, Aquiles, Samar, Lidia: *El diseño industrial en la historia*, Giddens 1991
- Giedion Grehough Guiddens, Anthony: *Sociología*, Madrid, Alianza Editorial, 2009.
- Hall, Edward: *The silent language*, Nueva York, Bantam Doubleday Dell Group, 1970.
- Hawley, Amos: *Ecología humana*: Madrid, Tecnos, 1962.
- Heidegger, Martín: “La pregunta por la técnica”, en Heidegger, Martín: *Conferencias y artículos*, Barcelona, Del Cerbal, 1944, tomo1, p.9.
- Heller, Agnes: “¿Dónde estamos en casa?”, en A. Heller, *Una revisión de la teoría de las necesidades*, Barcelona, Paidós, 1996.
- Hernández, F.: Remesal, A., Riba, C.: *En torno al entorno*, Barcelona, Els Llibres de Glauco.1985.
- Huret, Jules.—*De Buenos Aires al Gran Chaco*. Buenos Aires, Hyspamérica, c 1988.
- Iglesia, Rafael E. J.: *Habitar, Diseñar*, Buenos Aires, Nobuko, 2010.
- Kubler, George: *The shape of time*, New Haven, Yale University Press, 1962.
- Laborit, Henri: *L’homme et la ville*, París, Flammarion,1971.
- Lefebvre, Henri: “Crítica de la vida cotidiana”, en Lefebvre, Henri: *El marxismo sin mitos*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1967.
- Levinas, Emmanuel: *Totalité et Infini. Essai sur l’extériorité*, Kluver Academic, Paris, 1996.
- Levi-Strauss, Claude: *Tristes Trópicos*, Buenos Aires, Eudeba, 1970.
- López, Lucio V.: *La gran aldea*, 1903.
- Merlau-Ponty, Maurice: *Fenomenología de la Percepción*, Barcelona, Planeta/Agostini, 1984.
- Moles, Abraham: *Teoría de los objetos*, Barcelona, Gustavo Gili, 1975.
- Mounnier, Emmanuel: *Traité du Character*, Paris, Du Seuil, 1947.
- Muntañola Thornberg, Josep: *Topopogésis 2*, Barcelona, oikos-tau, 1979.
- Nisbet, Robert: *Historia de la idea de progreso*, Barcelona, Gedisa 1991.
- Norberg-Schulz: *Existencia, espacio y arquitectura*, Barcelona, Blume, 1975.

Perec, Georges: *Especies de espacios*, Madrid, Montesinos, 2007.

Piaget, Jean: 1952 *The Origins of Intelligence in Children*, International University Press. Cit. en Vega, Manuel de la, 1990, 1984. *Introducción a la psicología cognitiva*, Madrid, Alianza Editorial.

Rapoport, Amos: *Vivienda y cultura*, Barcelona, G. Gili, 1972.

Aspectos humanos de la forma urbana, Barcelona Gili, 1978.

Rossi, Aldo: *La arquitectura de la ciudad*, Barcelona, G. Gili, 1968.

Salignon, Bernard: *Qu'est-Ce Qu'habiter*, Niza, Z'editions S/D.

Sebrelli, Juan J.: *Apogeo y ocaso de los Anchorena*, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1972.

Simondon, Gilbert: *Du mode d'existence des objets techniques*, Paris, Aubier, 1958.

Sommer, Robert: *Personal Space: The Behavioral Basis of Design*. 1969.

Viollet-Le-Duc, Eugène: *Dictionnaire raisonné de l'architecture française*, Paris, Librairies-Imprimeries Réunis, s/d.

Historie de l'habitation humaine, Wilden, Anthony: *Sistema y estructura*, Madrid, Alianza Universidad, 1979.